

acompañan á un pueblo que busca ansioso la idea que ha de regenerarle <sup>1</sup>; que lucha con los obstáculos que las generaciones pasadas han arrojado en medio de su camino, en cuyo límite le espera la victoria para ceñirle, en premio de su combate, de inmarcesibles laureles. La prodigiosa actividad de la prensa periódica cuando va á discutirse en las Cortes la ley que ha de ser el instrumento de la prosperidad de la nación, el generoso apoyo que todas las inteligencias ofrecen á los dos Cuerpos colegisladores, la ansiedad de los que temen, la confianza de los que esperan, la turbación de los que fluctúan y vacilan, todo prueba que la nación española no es indiferente á su destino, que sus fuerzas vitales no la han abandonado y que sus representantes pueden contar con ella. Ansioso de contribuir por mi parte á que una ley, que encierra en su seno la salvación de la Monarquía, repose en una base que sea digna del siglo en que aparece, de los legisladores que la decretan y del pueblo que la recibe, voy á examinarla en esa base, y sólo bajo su aspecto constitucional, recordando antes los grandes principios que constituyen el estado político de Europa: principios que los legisladores deben tener siempre presentes, porque ellos solos pueden resolver las grandes cuestiones sometidas hoy á su deliberación.

### PRINCIPIOS

La ley de elecciones es al mismo tiempo un medio y un fin: es un medio cuando se la considera con relación al poder político que los electores crean; es un fin cuando se la considera con relación al poder político que los electores ejercen, porque los que crean un poder son un poder también. Si esto es así,

<sup>1</sup> La regeneración en que soñaba Donoso, estaba alimentada en su ánimo por el racionalismo político, que ya hemos notado en sus lecciones del Ateneo, el cual llegó aquí hasta el delirio de la idolatría por la supuesta soberanía de la inteligencia. Tenga, pues, el lector por reproducidas las notas que hemos puesto á dichas lecciones.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

una ley de elecciones será viciosa siempre que su resultado sea conferir la facultad electoral á los que no tengan *derecho* de elegir, porque, eligiendo, han de dar existencia á un poder bastardo; y será perfecta cuando confiera la facultad electoral á los que tienen *derecho* de ejercerla, porque, ejerciéndola, han de constituir un poder legítimo. En los principios hasta aquí asentados no hay diferentes pareceres, ni encontradas opiniones, y cabalmente por esta razón he querido comenzar por ellos, seguro de que es necesario siempre convenir en las bases para discutir después sus consecuencias. Pero ¿en quién reside la legitimidad del poder? Cuestión es ésta de difícil resolución, si bien no tan difícil que hayamos de eludirla por miedo de no poder resolverla; porque ¿cómo juzgar de una ley que será perfecta cuando dé por resultado un poder legítimo, y viciosa cuando dé por resultado un poder bastardo, sin averiguar antes en qué consiste la legitimidad del poder? Bien sé que hay muchos que, no pudiendo sufrir el yugo de los principios, ni el imperio de las teorías, pretenden resolver estas cuestiones sin llamar en su apoyo á los primeros y sin reconocer á las segundas; al escribir estos renglones no me dirijo á ellos como electores, y desde ahora los recuso como jueces; jamás llegará á tal punto mi modestia que reconozca como á Pares míos á los que, empezando por negar sus fueros á la razón para descubrir la verdad, envilecen su inteligencia y se condenan al absurdo.

La misión del poder es constituir las sociedades, y conservarlas después de constituidas: y si sólo uno existe que pueda llenar esta misión, ese sólo será legítimo, porque ese sólo es posible y necesario. Ahora bien: sólo la inteligencia puede establecer la unidad entre los individuos, que vivirían aislados si no fueran inteligentes. Y sólo la inteligencia puede conservar esa unidad, y con ella á las sociedades, porque sólo la inteligencia sabe prever; y las sociedades no se conservan sino por medio de una constante previsión en el poder que las dirige, que es idéntico siempre al que las ha constituido. Si esto

es así, sólo será legítimo el poder de la inteligencia <sup>1</sup>, porque sólo la inteligencia puede constituir y sabe conservar; si esto es así, todo poder que no tenga en ella su origen y que no haya recibido de ella su misión, es un poder efímero y bastardo; aunque las manos de los hombres le levanten altares, aunque en ellos ardan todos los aromas del Oriente, aunque una generación raquitica le tribute adoraciones, los cimientos en que se apoya son frágiles y pasará como el humo.

Esto dice la razón y lo confirma la Historia. Mirad aquella sociedad infante: los individuos que la componen llevan impreso todavía en sus frentes el sello de un orgullo agreste y de una indomable independencia. ¿Quién es aquel á quien obedecen como corderos los que tigres parecían? Es el bardo inspirado por el Dios de la tribu, ó el adalid á quien una divinidad amiga envía sueños de victoria. Es la inteligencia de aquella sociedad, que ha elegido por asiento la frente coronada de un caudillo ó la lira de un poeta. Si pasa delante de vosotros, y le preguntáis al pasar cuál es su historia, os responderá que un Dios se apareció entre sus padres; que ese Dios tocó la frente de uno de ellos, colocó en el firmamento una estrella que le sirviera de guía, y le dijo: "Vencerás, porque al resplandor de aquella estrella me verás á tu lado en los combates, y tu pueblo será, entre todos los pueblos, mi elegido." Así, los ojos de los hombres, al penetrar en la noche de los tiempos y al descubrir la cuna de las sociedades, miran siempre á una divinidad junto á ella. Ahora bien: una divinidad para los pueblos que nacen es la inteligencia misma <sup>2</sup>: sigamos á esta inteligencia en sus transformaciones, al través de los siglos y la Historia.

Todo poder á quien pertenece la dominación es expansivo, y por medio de la expansión extiende sus pacíficas conquistas.

<sup>1</sup> Especie completamente errónea, acerca de la cual hemos hecho las advertencias oportunas sobre las *Lecciones* de Donoso que preceden al presente escrito.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> Bajo la especie de religión se entrevén aquí errores gravísimos, en que Donoso no cayó de seguro formalmente.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Ya hemos observado que la inteligencia constituye las sociedades bajo la forma de la divinidad, y las conduce después, eligiendo por su representante á un bardo ó á un caudillo. Cuando las tribus nómadas y las hordas errantes se fijan, se trazan límites y se constituyen en naciones, la inteligencia pasa de un hombre á una clase, y de la lira á un templo; su poder, sin dejar de ser el mismo en la esencia, se reviste de otra forma, y el cetro de la dominación pasa de las manos de un adalid vencedor á las de los sacerdotes de la India y de los magos de la Persia. Pero la inteligencia crece en el seno de los siglos, los templos no pueden contenerla y se derrama en los palacios: éste es el primer paso hacia su secularización, porque al lado del trono de los sacerdotes se eleva el trono de los patricios. Pero llega un tiempo en que, después de haber crecido silenciosa y modesta, ni el manto sacerdotal ni el patriciado le bastan, y se precipita en el campo para combatir por el dominio del mundo; entonces elige por su representante á una nación entera que, atormentada por la divinidad que la agita, se ve arrastrada por una mano de bronce hacia un destino que ignora; sus falanges no encuentran resistencia: los mares que se dilatan á sus pies dan libre paso á sus colonias, y sobre los muros de todas las capitales tremolan al aire libre sus victoriosos pendones. Así los griegos vencieron y se asimilaron el Oriente para colocarle en ofrenda sobre los altares de Roma. Así Roma encadenó al universo; y cuando, concluída su misión, la abandonó la inteligencia, los bárbaros del Norte entonaron el himno de la victoria sobre su sepulcro, y el astro bello que presidió á su destino, eclipsado para siempre, no volvió á reposar sus amorosos rayos sobre sus siete colinas.

Aquí comienza nuestra historia, que, careciendo de la unidad severa de la antigua, y teniendo por carácter distintivo la variedad y la riqueza, no se presta tan fácilmente como aquella á las fórmulas filosóficas; sin embargo, puede asegurarse que la historia moderna da por resultados: primero, la emancipación sucesiva de todas las clases de la sociedad; segundo, la

*encarnación* de la inteligencia en cada una de las clases emancipadas; tercero, el dominio de cada una de estas clases luego que recibió en su seno á la inteligencia; cuarto, la secularización absoluta de la inteligencia; y quinto, su pacífica y omnimoda dominación por medio del Gobierno representativo.

No fueron los bárbaros del Norte los que, para regenerar al mundo, destrozaron el Capitolio; el rayo que debía abatir al gigante se había forjado en la Palestina, y había reposado inerte hasta la hora señalada en las Catacumbas de la Ciudad Eterna. La civilización antigua había dado ya todos sus frutos; la inteligencia de aquellos pueblos nada podía enseñar ya al hombre; la Religión cristiana se apoderó de su tutela, como más universal y más inteligente<sup>1</sup>; los bárbaros del Norte fueron sus ministros, y al que llame sacrílego á este enlace le diré que el mundo estaba entonces dividido entre la barbarie y la degradación, y una Religión que llevaba en su seno la perfectibilidad humana no podía vacilar en elegir por instrumento á un pueblo bárbaro contra un pueblo degradado. La barbarie tiene un porvenir: la degradación no lo tiene; y si lo tiene, es un sepulcro.

La Iglesia fué inteligente, y por eso fué la primera emancipada y la que dominó en la sociedad primero; su poder dejó de existir cuando sus ministros la despojaron de la inteligencia y la dotaron largamente de absurdos<sup>2</sup>. Las municipalidades sacudieron después el yugo de los barones y el yugo de los Reyes; con su emancipación aparecieron en medio de las naciones algunos centros de actividad y de vida, que no pocas veces se ligaron entre sí para defenderse de sus encarnizados enemigos; la inteligencia se refugió dentro de sus muros; y al mismo tiempo que dirigía sus fuerzas artísticas y comerciales, los iniciaba en el poder político que ejercieron, principalmente

<sup>1</sup> Explicación naturalista que cuadra muy bien con toda la filosofía racionalista del progreso histórico profesada por el doctrinarismo que había logrado tener cautiva la noble inteligencia de Donoso Cortés.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> Acusación injusta, contra la cual protestan á una la Historia, la Filosofía y la Religión.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

en los Países Bajos y en Italia. Al lado de estos grupos, que la inteligencia empezaba á vivificar, existía un grupo luminoso, en que la inteligencia, y sólo la inteligencia presidía; las Universidades en la Edad Media fueron un gran poder político, que los poderosos acataban, que los Reyes consultaron, y que miraban con respeto hasta los Pontífices de Roma. Y todos hacían bien; porque en el seno de las Universidades, ligado, pero no vencido por el yugo de Roma y el yugo de Aristóteles, crecía el principio de la razón independiente, Hércules que había de purgar la tierra de monstruos, y á quien la tierra había de llamar su soberano, y ceñir una diadema cuando subiese al trono que le tenían preparado los que ya le adoraban en su cuna<sup>1</sup>.

Ese Hércules fué revelado, por fin, al mundo. En el fondo de la Alemania se vió tremolar su estandarte, nuevo entonces en la Europa. Él secularizó á la inteligencia, que, una vez emancipada, debía dominar como señora. Entretanto una ley providencial había abatido en el polvo al tan fastuoso como estragado imperio de Oriente, y su civilización moribunda vino á rejuvenecer la Europa, rejuveneciéndose en Italia: por las venas de los hijos de los bárbaros del Norte circuló entonces una nueva vida; la hora de la regeneración del mundo moral había sonado, y cuando á su sonido se levantó un adalid y se declaró el intérprete de la razón humana, las sociedades, dispuestas ya á recibir en su seno al huésped que para su ventura el cielo les concedía, sintieron un estremecimiento de placer al oír resonar en el espacio la voz de aquel fogoso tribuno<sup>2</sup>. Sin embargo, era necesario combatir, y los campeones de la razón combatieron largamente en grandes campos de batalla. La revolución francesa puso un término á lucha tan desastrosa; ella condenó á muerte á las instituciones

<sup>1</sup> Mentira parece que hubiera llegado á extraviarse, hasta proferir tales horrores, el genio de un hombre en quien no se extinguió nunca la fe.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> Sin duda ignoraba Donoso que Lutero insultó á la razón llamándola esposa del diablo, y que la reputaba por inútil para todo lo que no sea calumniar y difamar todo lo que Dios ha obrado y enseñado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

absurdas, demolió los frágiles cimientos de todos los poderes usurpados, y sobre el campo del combate, cubierto de ruinas, asentó con mano fuerte la bandera de la civilización y escribió en ella el destino de las generaciones futuras. Saludemos á sus mártires, saludemos al genio de esa revolución magnífica <sup>1</sup>; bajo sus alas protectoras crece la libertad y manda la inteligencia; en vano espíritus débiles le condenan, lo desconocen ó le insultan; no por eso empañarán su lustre, ni harán vacilar al coloso; su planta está firme, porque la sirven de pedestal los siglos; su frente está radiante, porque la animó el soplido de la inspiración divina. La emancipación de todas las clases de la sociedad es desde entonces completa y absoluta; seríamos muy ingratos si, espectadores del gran drama que comienza en la crucifixión de Jesús y que concluye en la expiación de Luis, no supiéramos agradecer la grande herencia con que han dotado á la humanidad tan grandes y costosos sacrificios.

No seré yo el que desenvuelva, en el corto espacio que ofrecen las páginas de este opúsculo, todas las consecuencias de esa revolución ya consumada, y pienso que mis lectores me agradecerán que me limite á llamar su atención hacia la más bella de todas; es decir, hacia el Gobierno á que los publicistas, no muy filósofos en esta parte á la verdad, han llamado representativo.

Comenzaré por observar que la tendencia de la civilización de la Europa hacia él ha debido ser irresistible cuando le vemos establecido en Inglaterra, aun antes de que esa misma civilización tuviera una existencia asegurada y se hubiese revestido de una fisonomía <sup>2</sup>. La presunción llega á convertirse en certidumbre si observamos que apenas aquella existencia se realiza, y esta fisonomía se descubre libre de velos y exenta de

<sup>1</sup> Satánica.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> No se olvide que la Gran Carta publicada por Juan Sin Tierra, confirmada y ampliada en la sucesión de los tiempos, salió á luz por impulso y consejo de la jerarquía eclesiástica, y que el espíritu de ella no hubo de entrar en las Constituciones modernas, fabricadas por los doctrinarios á espaldas de la Iglesia con principios y elementos contrarios á los fueros de la verdad y de la Religión católica.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

celajes, todas las sociedades del Mediodía de la Europa, obedeciendo á un impulso fatal, gravitan hacia él como las masas gravitan hacia su centro. Estas consideraciones no han sido bastante poderosas para que nuestros publicistas, al examinarle y definirle, hayan estudiado en el carácter de nuestra civilización su verdadero carácter, y en la naturaleza; de esa misma civilización su verdadera naturaleza; y, sin embargo, ella sola que le reclama como su necesidad, y que le adopta como su producto, puede explicarle, y le explica.

Engañados lastimosamente por las apariencias, porque ven que hay electores y elegidos, han dado el nombre de representantes á los segundos, y á los primeros el de representados; sofisma evidente, porque se confunde la esencia de un Gobierno con el modo de existir que le caracteriza; sofisma funesto, porque traslada el poder de la Asamblea de los elegidos para ejercerle, y que le ejercen en virtud de un derecho propio, á las Asambleas de los que eligen, y que no pueden ejercerle sino en fuerza de un derecho usurpado. No, mil veces no; en el estado político y social de Europa tienen derecho á mandar los mejores; y como no los conoce la ley, comisiona para que se los designe á los buenos; los electores, al elegir, no hacen más que pronunciar un nombre que la ley busca, y que no sabe. Así, los que, supuesta la nomenclatura de representantes y representados, defienden los votos imperativos, y sostienen el derecho de los últimos á lanzar el anatema de la degradación sobre los primeros, son más lógicos que los que, estremeciéndose con el espectáculo de una invasión demagógica, niegan las consecuencias, abrazándose al principio que las contiene en su seno. El instinto del bien los hace inconsecuentes; pero con el instinto sólo no se salvan las sociedades; se salvan con teorías luminosas que, realizadas, condenan á muerte á los monstruos, y á los absurdos al olvido.

La antigüedad conoció la división de los Gobiernos en monárquicos, aristocráticos y democráticos, y los publicistas modernos, plagiarios de la antigüedad, han adoptado esa división